

LA CIENCIA, LA RELIGIÓN Y LA LAICIDAD

Ricardo TAPIA

SUMARIO: I. *La ciencia y la religión son incompatibles.* II. *La ciencia, la religión y la educación.* III. *Bibliografía.*

I. LA CIENCIA Y LA RELIGIÓN SON INCOMPATIBLES

El más notable descubrimiento hecho por los científicos es la ciencia misma. La importancia de este descubrimiento debe ser comparada con la invención de las pinturas rupestres y del lenguaje escrito. Como estas creaciones tempranas de la humanidad, la ciencia es un intento por controlar nuestro medio ambiente penetrándolo y entendiéndolo desde dentro. Y al igual que estas creaciones, sin duda la ciencia ha dado un paso crítico en el desarrollo humano, que ya no puede ser revertido. No podemos concebir una sociedad futura sin la ciencia.

Jacob Bronowski escribió esta frase hace ya más de 55 años, pero sin duda el tiempo transcurrido desde entonces ha demostrado su certeza y validez. En efecto, el conocimiento, producto principal de la ciencia, es ahora reconocido (aunque con muchas reticencias y hasta negaciones por parte de los creyentes en alguna religión), y constituye un bien público indispensable para todas las sociedades. Su importancia no puede ser subestimada, ya que forma parte integral de la cultura, y al mismo tiempo genera y promueve estrategias pertinentes para encontrar soluciones a los principales problemas que aquejan a la humanidad. El conocimiento generado por la actividad científica es por eso el principal motor para el desarrollo humano integral, el progreso socioeconómico y el avance tecnológico. Además, el pensamiento científico contribuye a consolidar la democracia y a defender la laicidad, por la apertura y la libertad intrínsecas a su ejercicio, y propicia la toma de decisiones informadas para la elaboración de leyes y políticas basadas en

evidencias constatables, y no en dogmas o creencias que anteponen la autoridad de un Dios o divinidad imaginada al conocimiento científico.

Es indudable que el progreso del conocimiento sobre la naturaleza, que es el fin primordial de la investigación científica, ha alcanzado durante el siglo pasado un nivel que difícilmente podrían haber imaginado los gigantes de la ciencia de todos los siglos anteriores. Es tal la velocidad de este progreso y de la generación de nuevos conocimientos, que tan sólo en los primeros quince años del siglo XXI se han logrado avances extraordinarios en todas las áreas de la ciencia, avances sorprendentes no sólo porque difícilmente se podían haber predicho, sino por el detalle alcanzado sobre los mecanismos que rigen los fenómenos naturales, en especial el funcionamiento de los seres vivos.

Este impresionante progreso en el conocimiento ha dado lugar a adelantos tecnológicos, productos, procedimientos, medicinas, cirugías, medios de comunicación y de transporte, y muchos otros adelantos, que han revolucionado y beneficiado, en mayor o menor grado, la vida cotidiana de todos los habitantes del planeta. Estos beneficios son ya tan comunes que parecería que se han generado de manera natural y espontánea, por lo que se olvida que nunca hubieran ocurrido si no es, en primer término, por la investigación científica.

Como el producto de la ciencia es el conocimiento, la ciencia es amoral. Es amoral porque no se puede calificar de buena o mala, ya que simplemente busca entender cómo funciona la naturaleza. Por eso no se puede hablar de ciencia mala o de ciencia buena, aunque sí de ciencia mal hecha y bien hecha. El conocimiento científico sí puede ser utilizado con fines maléficos, como el tan repetido uso del conocimiento sobre la fisión atómica para crear y usar la bomba atómica; pero la ciencia en sí simplemente produce el conocimiento. Por eso la ciencia siempre se va corrigiendo a sí misma, y tiene la verdad hasta donde puede demostrarse por la experimentación y por la observación.

Como es amoral, o porque es amoral, la ciencia es esencialmente laica. No se puede tener una ciencia que esté ligada a creencias o partiendo de algo que a priori se sabe cómo tiene que ser, lo cual es una posición totalmente acientífica, que niega o ignora totalmente a la ciencia. Por eso se contraponen a los dogmas y a las creencias religiosas, porque éstas se basan en lo que dice una autoridad, una autoridad que es nada menos que Dios, y lo que dice Dios es indiscutible, porque es la sabiduría y el poder absolutos. Éste es el problema central que opone diametralmente la ciencia a la religión, lo que hace a la ciencia incompatible con la religión. Porque la ciencia no tiene fe, no tiene creencias, no funciona a base de los dichos de una autoridad. Por el contrario, se basa en datos, en argumentos, en observacio-

nes, en los resultados de experimentos, todo lo cual analiza, y si hay alguno que esté en contra de otro, se discute cuál es el dato que está obtenido de la manera más rigurosa, con un método científico más estricto, para concluir cuál es el más correcto, el que más se acerca a la realidad. Por esto la ciencia no tiene la verdad absoluta, y quien defiende sus postulados no está en una posición fundamentalista.

Por todo lo anterior, la ciencia, y por consiguiente la laicidad, es esencial para la cultura, la educación y el progreso de cualquier país. Pero, entonces, ¿por qué las religiones siguen vivas y aún crecientes en todo el mundo? Creo que la respuesta está muy clara en este texto de Jacques Monod, en su extraordinario libro *El azar y la necesidad*:¹

Nosotros nos queremos necesarios, inevitables, ordenados desde siempre. Todas las religiones, casi todas las filosofías, una parte de la ciencia, atestiguan el incansable, heroico esfuerzo de la humanidad negando desesperadamente su propia contingencia... Y es que el hombre se siente desolado y desamparado cuando, gracias al conocimiento científico, queda expuesta su propia naturaleza biológica y su existencia se ve desprovista del valor y dignidad universales que él mismo se ha conferido al considerarse hechura de una divinidad. Esta es, creo, la última y verdadera razón por la que la ciencia no sólo no ocupa el sitio que merece en la cultura, sino que además se ve repetidamente cuestionada por objeciones aparentemente morales o éticas... Los mitos primitivos se refieren casi todos a héroes más o menos divinos cuya gesta explica los orígenes del grupo y funda su estructura social sobre tradiciones intocables: no se rehace la historia. Las grandes religiones tienen la misma configuración, basándose en la historia de la vida de un profeta inspirado que, si no es él mismo el fundador de todas las cosas, las representa, habla por él y cuenta la historia de los hombres, así como su destino. De todas las grandes religiones, la judeocristiana es sin duda la más 'primitiva' por su estructura historicista, directamente ligada a la gesta de una tribu beduina, antes de ser enriquecida por un profeta divino.

Ciertamente, es más fácil y más tranquilizador, pero no más hermoso ni más estimulante intelectualmente, aceptar que alguien o algo superior y sobrenatural sabe más —sabe todo— y tiene la autoridad para orientar nuestras acciones, en lugar de reconocer que no somos más que un producto azaroso de la evolución biológica y que tenemos que decidir nuestro camino y nuestro progreso con nuestras propias facultades mentales. Bertrand Russell, en *Por qué no soy cristiano*,² lo escribe así:

¹ Monod, Jacques, *El azar y la necesidad*, Barcelona, Monte Ávila, 1971.

² Russell, Bertrand, *Por qué no soy cristiano*, Buenos Aires-México, Hermes, 1959.

La religión se basa principalmente, a mi entender, en el miedo. Es en parte el miedo a lo desconocido, y en parte al deseo de pensar que se tiene un hermano mayor que va a defenderlo a uno en todas sus cuitas y disputas... El miedo es el padre de la crueldad y por lo tanto no es de extrañar que la crueldad y la religión vayan de la mano. En este mundo, podemos ahora comenzar a entender un poco las cosas y a dominarlas con ayuda de la ciencia, que se ha abierto paso frente a la religión cristiana, frente a las iglesias, y frente a la imposición de todos los antiguos preceptos. La ciencia puede ayudarnos a librarnos de ese miedo cobarde en el cual la humanidad ha vivido durante tantas generaciones. La ciencia puede enseñarnos a no buscar ayudas imaginarias, a no inventar aliados celestiales, sino más bien a hacer con nuestros esfuerzos que este mundo sea un lugar habitable, en lugar de ser lo que han hecho de él las iglesias de todos estos siglos.

Si consideramos que Russell expresó lo anterior en una conferencia pronunciada en 1927, el progreso de la ciencia y al mismo tiempo el progreso de la crueldad ejercida por las religiones en los siguientes decenios no ha hecho sino comprobar sus conclusiones. En cuanto a la ciencia, bastaría por reiterar todos los beneficios mencionados arriba. En cuanto a la crueldad religiosa, ahí están la pederastia de los sacerdotes católicos —la califico como crueldad religiosa porque es precisamente de la potestad y ascendencia que les concede el sacerdocio, en especial sobre los inocentes niños manipulados por la educación en la fe— que se aprovechan para impunemente realizar estos actos. En otra modalidad, ¿hay algo más cruel que la increíble saña de las masacres y decapitaciones del Estado islámico, cuyas noticias llenan las primeras páginas de los periódicos? Aún antes de que todo esto ocurriera, en 1952, en un muy breve artículo titulado “Religión y moral”, Russell escribió:

Creo que la decadencia de la creencia dogmática sólo puede hacer bien... Lo que el mundo necesita no es dogma, sino una actitud de investigación científica, combinada con la creencia de que la tortura de millones no es deseable, ya la inflija Stalin o una Deidad imaginada a semejanza del creyente.

Y una de las torturas a las que se refiere es la postmortem, es decir, el infierno: “Para mí, hay un defecto muy serio en el carácter total de Cristo, y es que creía en el infierno. Yo no creo que ninguna persona profundamente humana pueda creer en un castigo eterno”.

¿No es esto de una extrema crueldad? Como si fuera un colofón de estas ideas sobre la crueldad de la religión, George Carlin (citado por Richard Dawkins en *The God Delusion*³), dice:

³ Dawkins, Richard, *The God delusion*, Boston, Mariner Books, 2008.

La religión ha realmente convencido a la gente de que hay un hombre invisible —viviendo en el cielo— que vigila todo lo que haces, cada minuto de cada día. Y el hombre invisible tiene una lista especial de diez cosas que no quiere que tú hagas. Y si haces alguna de esas diez cosas, tiene un lugar especial, lleno de fuego y humo, y llagas y torturas y angustias, donde él te mandará a vivir y sufrir y arder y sofocarte y gritar y llorar para siempre jamás hasta el fin de los tiempos... ¡Pero él te ama!

A propósito de este amor divino, es ilustrativo recordar las cálidas y cariñosas palabras del papa Francisco en su reciente visita a nuestro país, dirigiéndose al sufrido y humillado (sus palabras) pueblo de México: “Jesús los ama”, y “Recen por mí”. Y es pertinente también a este respecto recordar la declaración del Episcopado mexicano a propósito de las leyes que durante los últimos ocho años se han aprobado para permitir la interrupción del embarazo antes de las doce semanas y para legalizar el matrimonio entre homosexuales en el Distrito Federal. Esta declaración no sólo rechaza la ciencia poniendo por encima los dogmas y las creencias católicas, sino que además la considera perversa y maligna. Se publicó en algunos periódicos a fines de 2010, y dice lo siguiente: “Nosotros, pastores del pueblo de Dios, tampoco podemos obedecer primero a los hombres y sus leyes antes que a Dios; toda ley humana que se le contraponga será inmoral y perversa, pues al ir contra su voluntad termina por llevar a la sociedad a la degradación moral y a su ruina”. Y en relación con el matrimonio entre homosexuales, el mismo papa Francisco, sólo que antes de ser papa, cuando era arzobispo de Buenos Aires, en el mismo año 2010, escribió en una carta a las mojas carmelitas de Buenos Aires (carta luego conocida públicamente), lo siguiente:

Está en juego la identidad y la supervivencia de la familia: papá, mamá e hijos. Está en juego la vida de tantos niños que serán discriminados de antemano privándolos de la maduración humana que Dios quiso se diera con un padre y una madre. Está en juego un rechazo frontal a la ley de Dios ... No se trata de un mero proyecto legislativo (éste es sólo un instrumento) sino de una “movida” del padre de la mentira que pretende confundir y engañar a los hijos de Dios.⁴

No es entonces de extrañar la respuesta de los jerarcas católicos mexicanos a la propuesta del gobierno federal sobre la legalización constitucional del matrimonio igualitario, que incluye frases como estas (según notas pe-

⁴ Trejo Delarbre, Raúl, “Matrimonio igualitario, acierto de EPN”, *La Crónica*, México, 23 de mayo de 2016. Disponible en: <http://www.cronica.com.mx/notas/2016/962526.html>

riodísticas publicadas entre el 20 y el 23 de mayo de 2016); “Esta propuesta se debe rechazar porque atenta contra las Sagradas Escrituras” y porque “desde un principio Dios crea al hombre y a la mujer para que puedan conformar la comunidad en vida y amor, todo aquello que atenta contra el matrimonio, que no sea de acuerdo al plan de Dios es contra natura”. Estos conceptos son una interesante prueba de lo que entiende por amor la Iglesia católica.

II. LA CIENCIA, LA RELIGIÓN Y LA EDUCACIÓN

Debido a que la primera misión de la investigación científica es la generación y elaboración de conocimientos sobre la naturaleza, la ciencia posee su propia lógica, lo que implica una total autonomía y libertad de investigación, una de las cualidades máspreciadas de las universidades públicas en México y en todos los países. Esta autonomía y esta libertad, sin embargo, no significan arbitrariedad ni mucho menos irresponsabilidad. Por el contrario, la ciencia se rige por principios propios de ética y responsabilidad, que le exigen someterse a una evaluación permanente y rigurosa. Una de estas enormes responsabilidades es, sin duda, la educación.

En efecto, por su propia naturaleza, la ciencia está estrechamente ligada a la educación, ya que genera, difunde y propone una actitud analítica basada en el conocimiento. La ciencia enseña a pensar para decidir sobre bases más firmes y realistas, y por eso es que la ciencia tiene un papel fundamental en la educación, a todos los niveles y en muchos ámbitos de la sociedad.

Por eso, no concibo una educación exitosa cuando en lugar de enseñar a pensar, analizar, reflexionar y razonar, con base en información y conocimientos científicos, impone creencias, fe y dogmas. ¿Cómo podrán nuestros niños y jóvenes contender con la realidad social y discernir lo que es veraz y pertinente, en este siglo que sin duda es el siglo del conocimiento globalizado por el internet y los medios electrónicos, si no es con una educación basada en el conocimiento científico?

Por ello, la investigación científica no sólo es esencialmente laica, sino que en mi opinión debe oponerse activa y abiertamente a la educación dogmática, que se basa en creencias y no en la razón. La única autoridad que reconoce la ciencia, si se le puede llamar así, es la que se desprende de los resultados de la observación y la experimentación. Por eso, la ciencia se contrapone en esencia con los dogmas y las creencias religiosas, que se basan en los dichos, los conceptos o las instrucciones de una autoridad que se cree poseedora de la verdad porque se considera recipiente de lo que dios ordena.

La ciencia no tiene fe; tiene argumentos, tiene datos y es racional, mientras que las religiones tienen exactamente lo contrario: fe sin análisis, carencia de datos y nula racionalidad. En todas las sociedades, y más en un país laico como el nuestro, la ciencia debería ser la base no sólo de la educación, sino de la toma de decisiones, para solucionar los problemas nacionales, entre los cuales incluyo como uno de los más serios la ignorancia y el predominio de las creencias religiosas sobre el conocimiento científico. Una sociedad que antepone sus creencias religiosas al conocimiento es una sociedad paralizada, detenida en el siglo pasado, si no es que en la Edad Media.

Tan es así, que en estos días lo constatamos casi diariamente en las noticias sobre los suicidas-bombas islámicos. Así lo describe Dawkins en su indispensable ya citado libro *The God Delusion*, en el que dedica todo un capítulo para demostrar el terrible daño moral y psicológico que se causa a la niñez cuando se les enseña desde la primera edad a creer en vez de pensar y analizar, a tener fe en lugar de razonar:

Lo que es realmente pernicioso (y esto se aplica tanto al Islam como al cristianismo) es la práctica de enseñar a los niños que la fe es una virtud. La fe es un mal precisamente porque no requiere ninguna justificación y no admite ningún argumento... Los suicidas-bombas hacen lo que hacen porque realmente creen lo que les enseñaron en las escuelas religiosas: que el deber para con Dios excede cualquier otra prioridad, y que el martirio en su servicio será premiado en los jardines del Paraíso... La fe puede ser muy muy peligrosa, e implantarla deliberadamente en la mente vulnerable de un niño inocente es un terrible error. Es una violación de la niñez por la religión.⁵

Que la Iglesia valida, defiende, consagra y glorifica esta violación, se manifiesta justamente en nuestros días por el hecho de la próxima santificación del niño mexicano que peleó en la guerra cristera al grito de ¡Viva Cristo Rey!

Así, es claro que las religiones, como están basadas en la autoridad de Dios y no en el conocimiento, promueven la ignorancia científica, y por lo tanto generan incultura y fanatismo. Un ejemplo muy claro y al mismo tiempo dramático es el del creacionismo, o diseño inteligente, que siguen sosteniendo las religiones en contraposición a la evolución darwiniana de las especies. Es un ejemplo dramático, porque está relacionado con la misma naturaleza de la especie humana, y por lo tanto con la dignidad humana, que según la Iglesia proviene de Dios, pues de él depende el funcionamiento de todo el universo y es quien ha infundido al hombre un espíritu, el cual

⁵ Dawkins, Richard, *op. cit.*, nota 3.

a su vez genera las funciones mentales y una dignidad humana. Esta explicación de la creación calma la angustia existencial del hombre y le da tranquilidad sobre su esencia y su función en la Tierra, pero ahora sabemos que es absolutamente falsa. Gracias a la investigación científica, sabemos ahora que, a diferencia de lo que postula el creacionismo, la especie humana es simplemente el producto de la evolución de las especies, según la teoría postulada por Darwin a mediados del siglo XIX, y que ha sido demostrada de manera absoluta por cientos de hallazgos y análisis antropológicos, paleontológicos, astrofísicos, geofísicos, geológicos y, por supuesto, por los análisis bioquímicos, genéticos y de biología molecular realizados durante el siglo XX, que han permitido conocer la estructura química de los genes de virus, bacterias, y cientos de especies vegetales y animales.

Aunque algunos líderes religiosos, incluyendo al papa Juan Pablo II,⁶ han aceptado que la teoría de la evolución ya no es teoría, sino un hecho demostrado de manera incontrovertible, al mismo tiempo consideran que este reconocimiento no excluye que Dios es el creador del universo y de todos los seres vivos, escapándose de los argumentos con la consabida frase de que la ciencia es una verdad, y la religión, con toda su fe, sus dogmas y sus creencias, es otra verdad, y que son compatibles. A mí me parece que son totalmente incompatibles, por todas las razones aquí expresadas, y muchas más que han sido expuestas ampliamente con enorme lucidez, conocimiento, elegancia argumentativa y fina ironía por Dawkins (en *The God Delusion*, *El relojero ciego*, *El gen egoísta*, *The Greatest Show on Earth*, entre otros libros), así como por muchos otros autores.

En efecto, ¿cómo pueden ser compatibles, si la religión parte de verdades absolutas y las sostiene, muchas veces en contra de lo que la ciencia demuestra? A riesgo de ser repetitivo, insisto en que si hay algo fundamentalmente distinto entre la ciencia y la religión es que la primera se basa en el estudio objetivo de la realidad, mediante procedimientos y análisis siempre perfectibles, cuyos resultados continuamente se evalúan, se reinterpretan y se corrigen, mientras que la religión se basa en la fe, en que la palabra de una autoridad que representa a Dios es una verdad absoluta que es obligatorio creer.

Concluyo que la contribución más importante que la ciencia puede hacer, y hace, en cuanto a la relación entre ciencia, religión y educación, es informar y enseñar a observar, analizar y pensar, para encontrar explicaciones

⁶ Juan Pablo II, *Mensaje del Santo Padre Juan Pablo II a los miembros de la Academia Pontificia de las Ciencias*, Vaticano, 22 de octubre de 1996. Disponible en: http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/messages/pont_messages/1996/documents/hf_jp-ii_mes_19961022_evolutione.html

racionales a los fenómenos de la naturaleza, sin necesidad de acudir a seres o poderes sobrenaturales de cuya voluntad depende nuestra existencia. Es decir, una importante contribución de la ciencia a la cultura universal sería la procuración del ateísmo. Un ateísmo activo, para educar bajo una visión de nuestra existencia sin dioses, basada en el conocimiento científico, es mucho más humano, más tolerante, y más beneficioso para la naturaleza que la religión, pues ésta considera que tiene la verdad absoluta, y por lo tanto se siente privilegiada y hasta obligada a condenar, humillar, destruir y —esto en mi opinión es lo más grave— a enseñar y educar que tener fe en Dios y seguir sus enseñanzas, interpretadas por supuesto por los jerarcas religiosos en turno, es la única verdad, la que además podrá salvar su alma de la tortura eterna con que ese Dios misericordioso que los ama tanto los castigará si no siguen sus leyes y mandamientos.

Sin embargo, el ateísmo activo que propongo, a diferencia de las religiones, no es cruel ni destructivo; no es una inquisición a la inversa, no ejerce amenazas ni castigos, y menos castigos eternos; no pretende poner bombas en las iglesias. Se trata de una posición laica que no es intolerante hacia las personas que tienen creencias religiosas —por supuesto que cada quien tiene derecho a creer lo que le parezca mejor—, pero sí es una actitud combativa y activa en contra de la falsedad de los argumentos pseudocientíficos de los religiosos, que aprovechan la ignorancia de la gente e intervienen en todo lo posible en la educación para allegarse de más adeptos a sus creencias. Frecuentemente los religiosos usan argumentos disfrazados de científicos, o malinterpretan malintencionadamente los conocimientos verdaderamente científicos, para sostener dogmas de fe, lo cual me parece una falacia insostenible, producto de una mezcla incompatible y engañosa de ciencia y religión. Peor todavía: quienes tienen fe y creencias religiosas frecuentemente no respetan las ideas de los no creyentes, inclusive acusándolos de ser inmorales, asesinos o criminales, mostrando con esta actitud una intolerancia y un fanatismo que probablemente serían reprobados por el mismo Dios en que creen.

Sobre la base de todo lo anterior, propongo una laicidad activa, agresiva, para criticar, atacar, demoler, denunciar, y hasta ridiculizar las creencias religiosas, *cuando éstas se usen para crear, establecer, o fundamentar acciones o leyes contra los derechos humanos que esas mismas religiones dicen defender*. Lo que en realidad defienden es el poder que se autoconceden para declarar que hablan en nombre de Dios, cualquiera que éste sea, y por lo tanto su pensamiento es sagrado, y por ese solo hecho o dicho es inatacable, y cualquiera que lo niegue, lo desmienta o lo critique atenta contra lo sagrado, contra la verdad absoluta, y por lo tanto es un intolerante equivocado. Este fundamentalismo

no se puede refutar con argumentos porque es verdad absoluta, verdad de Dios. En cambio, la ciencia no es fundamentalista, porque no tiene verdades absolutas, y porque lo que dice se puede rebatir con argumentos. La fe, la religión, no. Ya es tiempo de denunciar los peligros de la religión y lograr que México sea verdaderamente un Estado laico, donde los dogmas y los dichos de los jerarcas religiosos se apliquen solamente a las personas que decidan creer en ellos, no en las leyes que rigen a toda la sociedad.

III. BIBLIOGRAFÍA

Libros

- DAWKINS, Richard, *The Blind Watchmaker*, Longman Group, UK, 1986.
DAWKINS, Richard, *The God Delusion*, Boston, Mariner Books, 2008.
DAWKINS, Richard, *The Greatest Show on Earth*, New York, Free Press, 2009.
MONOD, Jacques, *El azar y la necesidad*, Barcelona, Monte Ávila, 1971.
RUSSELL, Bertrand, *Por qué no soy cristiano*, Buenos Aires-México, Hermes, 1959.
GUTIÉRREZ CASTAÑEDA, Griselda (coord.), *El Estado laico a debate*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2013.

Documentos en internet

- JUAN PABLO II, *Mensaje del Santo Padre Juan Pablo II a los miembros de la Academia Pontificia de las Ciencias*, Vaticano, 22 de octubre de 1996. Disponible en: http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/messages/pont_messages/1996/documents/hf_jp-ii_mes_19961022_evoluzione.html.
- TREJO DELARBRE, Raúl, “Matrimonio igualitario, acierto de EPN”, *La Crónica*, México, 23 de mayo de 2016. Disponible en: <http://www.cronica.com.mx/notas/2016/962526.html>.